



## DURA LEX.

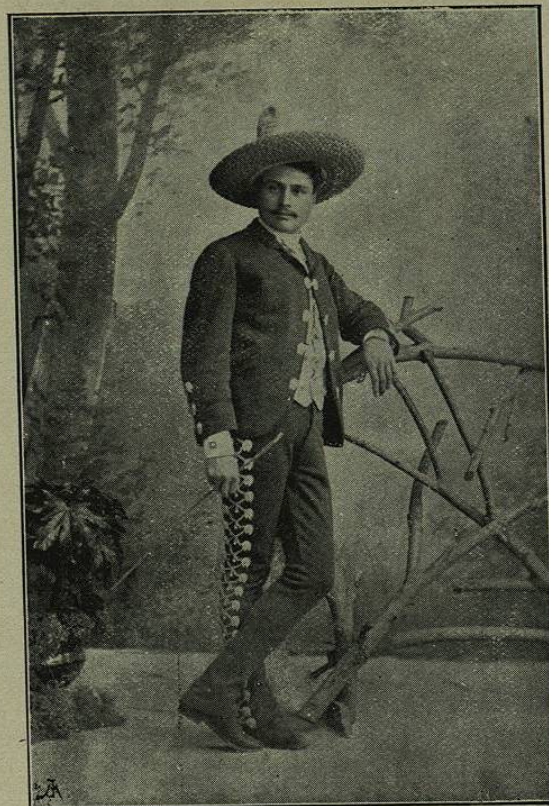
A Rosendo Pineda.

Un hombre  
fué á la guerra,  
su nombre  
no sonó sobre la tierra.

Murió como valiente  
y la bandera rota  
fué mortaja clemente  
en la derrota.

Muchos años después  
tendióseme una mano macilenta:  
la de su madre, pues  
el galardón ganado era la afrenta.

En tanto voceaban  
los papeleros, con robusto pecho,  
cómo al cabo triunfaban  
el orden, la justicia y el derecho.



*José Estalunga*



## MI JUVENTUD.

Al Oriente  
un fulgor,  
el amor  
sonriente.

En tu frente  
el rubor,  
el rumor  
de la fuente;

los destellos  
que evoca  
todo eso:

¡tus cabellos,  
tu boca,  
tu beso!



## A LOS ESTUDIANTES.

Al Exmo. Sr. D. Miguel Covarrubias.

La estación más hermosa  
de la varia existencia,  
es cuando en el aula prestigiosa  
se apura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave  
que revela al doncel el universo.  
En amor como ensayos de una ave  
para atrapar el ósculo y el verso.

Al caer el crepúsculo, la reja  
donde exhala la niña su reclamo,  
y en medio de las sombras una queja  
que dice en tono celestial: *te amo*.

Entonces cada pecho es una urna  
llena de esencias puras y exquisitas;  
y en la callada soledad nocturna  
los pasos precavidos y las citas.

Dulce coloquio interrumpido pronto  
por algún ruido que sonó indiscreto,  
el viento á veces que bramó en el ponto  
despedazando el diálogo secreto.

En el cielo sereno y transparente,  
la luna como una Celestina,  
despertando en el pecho adolescente  
una sensualidad casi divina.

Las horas gratamente divididas  
entre el estudio y el amor risueño;  
y las jóvenes almas recogidas  
en los brazos sutiles del ensueño.

El maestro con labios elocuentes  
rompiendo los secretos más profundos  
ante las nuevas, sorprendidas, gentes,  
analizando el sol, pesando mundos.

En la fórmula, el número, el axioma,  
de la virilidad en los excesos,  
creyendo hallar reclamos de paloma,  
acentos femeniles, cantos, besos.

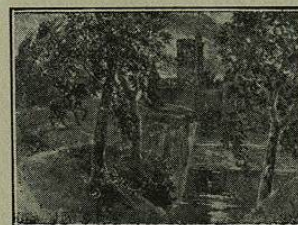
Y dueña ya de la verdad ganada,  
viendo la juventud, de hito en hito,  
á la hembra en la tierra fecundada  
y la fecundidad del infinito.

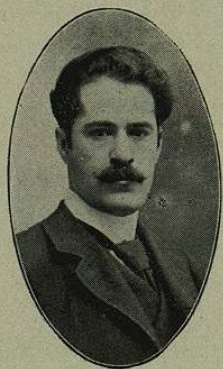
Se recorta el espíritu en diamante  
que el sol enciende en vívidos colores;

y es la vida feliz del estudiante,  
cosechar el saber, sembrar amores . . .

La estación más hermosa  
de la varia existencia,  
es cuando en el aula prestigiosa  
se apura en vasos de cristal la ciencia.

Adentro la palabra sabia y grave  
que revela al doncel el universo.  
En amor como ensayos de una ave  
para atrapar el ósculo y el verso.





## LA CARIDAD.

A Leandro Izaguirre.

Verti la caridad como un torrente  
(un Amazonas en la mar obscura)  
y no endulzó las aguas mi corriente  
y mi linfa amargó la sal impura.

Quise mirar á la región doliente  
en que gime fatal la desventura . . .  
y un círculo de espinas á mi frente  
se ciñó en el espanto y la pavora.

Ví sangrar de dolor los corazones  
en un mar de impiedad que se alborota  
en huracán de lágrimas y penas;

y en medio de horrosas maldiciones  
caer mi caridad, como una gota  
del desierto en las ávidas arenas.



## DESENCANTO.

A Enrique González Martínez.

Inflexible la aguja  
del vetusto reloj marcó las once;  
y la siguiente á la anterior empuja,  
en las notas metálicas del bronce.

Yo presenciaba  
como una comunión entre las cosas,  
en medio del silencio que reinaba  
en aroma impregnado de las rosas.

Una piragua . . . lejos;  
como hojas de plata son sus remos  
en negra niebla llena de reflejos;  
y ella y yo, dos fantasmas parecemos.

Hipnotizados ambos por la luna,  
nuestros sentidos dormirar parecen.

En el terso cristal de la laguna  
las estrellas también se desvanecen.....

La luna brilla en tanto  
entre miriadas de astros refulgentes  
y nos ahoga el llanto  
é inclinamos al suelo nuestras frentes.

Al fin hemos logrado  
el sueño del amor: estamos juntos;  
pero en aquel proscenio tan callado,  
nos miramos con caras de difuntos.

Naturaleza  
en torno calla como una esfinge;  
nuestra vida de amor, pálida, empieza  
y ni un oasis el desierto finge.

¿Era ese el ideal?... Una amargura  
extraña se disuelve en nuestra boca.  
La dicha es efímera, insegura,  
y la esperanza una quimera loca.

Hemos roto con todo, con el mundo  
entero, por lograr nuestros anhelos;  
y en el dolor más duro, más profundo,  
enemiga es la tierra y son los cielos.

Y al salir otra vez del Paraíso,  
sin camino, sin rumbo, entre las nieblas  
quisimos orientarnos; pero quiso  
la luna sumergirnos en tinieblas!



## AUSENTE.

### I

No soñé,  
yo te ví,  
no pensé  
y girar al planeta sentí.

La tarde caía,  
tú á solas,  
tu mano traía  
un manojo gentil de amapolas.

Una rosa,  
una rosa muy roja en el pelo;  
y pasabas así, silenciosa,  
levantando los ojos al cielo.

A la luz de la luna,  
llegabas del templo á tu casa.  
Es alguna  
ilusión fugitiva que pasa....

pensé, y luego,  
al instante  
abrasóme el amor con su fuego  
y fui tuyo de allí en adelante.

II

¿Nuestro idilio? . . .  
¿Te acuerdas?  
No soñó esos idilios Virgilio  
y á la lira faltáranle cuerdas.

El torrente,  
al mirarnos cercanos,  
acrecía su robusta corriente  
y su ímpetu unía nuestras manos.

La pradera  
se cubría á tu paso de flores,  
y del aire en la esfera  
revolaban los niños-amores.

Ensayaba  
Pan su flauta en el bosque vecino,  
y volaba  
la bandada de aves sin tino;

ebria acaso  
con la miel de los nuevos rosales,  
zumbaba la abeja abriéndose paso,  
batiendo las alas hacia los panales.

Yo en tanto veía  
las hileras de perlas lucentes,  
si tus labios la risa entreabría:  
en coral engarzados tus dientes.

Y mi boca  
destilaba en estrofas el verso,  
como cae transparente en la roca  
el chorro del agua en gotas disperso.

Un día,  
de la fronda al rumor indecible,  
se juntaron tu boca y la mía . . .  
el torrente rodaba inflexible.

Y pronto  
dos esposos, de aquella ribera  
se lanzaban muy solos al ponto,  
en las alas de hermosa quimera.

III

Una noche,  
por insólitos males, despierta.  
El ruido de un coche:  
el doctor que llegaba á la puerta.

Acercóse á tu lecho.  
Tu gemido  
en mi pecho  
se tornaba en un ¡ay! dolorido.

IV

De repente  
un grito desgarrante . . .  
El sudor emperlándote la frente  
al inclinarla sobre el nuevo infante.

La noche silenciosa  
en su seno guardó dulces excesos  
de nuestra dicha hermosa  
asperjada de lágrimas y besos.

Y en tu negra cabeza  
una aureola:  
la corona de madre, una belleza  
entre todas al fin única y sola.

Como á través del techo  
el cielo sonriente se cernía,  
y brillaba en tu lecho  
tu esperanza hecha carne con la mía.

V

El dolor demacraba tu semblante;  
yo agobiado de pena,  
trémulo te miraba agonizante . . . .  
de una clepsidra ya la última arena.

Un sacerdote se acercó y bendijo  
tus últimos momentos;  
no supe yo lo que su boca dijo,  
no tuve sensación ni pensamientos;

y delirante, sin sentido, loco,  
confundida la tierra con los cielos,  
sólo me sacudió acaso un poco  
el llanto de tus pobres pequeñuelos.

Miré atónito el sol pálido y frío  
que alumbraba con cirios encendidos  
en un cuarto muy triste, muy sombrío,  
tus restos para mi alma tan queridos.

Y haciendo corazón de mis dolores  
con un grupo de amigos,  
fui al panteón y te cubrí de flores . . . .  
de aquel acto de amor mudos testigos.

VI

¡El tiempo irreverente!  
Como en sueños,  
crecidos noblemente,  
contemplo en mi redor á tus pequeños.

Atrapo tu sonrisa entre sus labios,  
en sus ojos tu fúlgida mirada;  
y con ello mitigo los agravios  
que debo á mi fortuna malhadada.

Tus mellizos  
me cantan con tu boca  
y me recuerdan todos tus hechizos,  
y á lágrimas su vista me provoca.

Y cuando juntos todos  
á la mesa, les sirvo sus raciones,  
siento latir de inusitados modos  
en mi pecho los siete corazones.

Garridos ellos,  
buenos, cariñosísimos y francos,  
les gusta unir sus jóvenes cabellos  
con los míos, tan blancos.

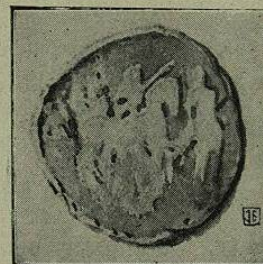
Y con tus trenzas mi ilusión se ufana,  
divididas en hilos tan sutiles  
como el tenue aurorar de la mañana  
sobre las sombras, tétricas y hostiles . . .

Pasaste por mi vida  
como por el espacio un meteoro,  
dejando por la senda recorrida  
un refulgente resplandor de oro.

Yo me inclino á tu tumba  
con inefable, angélica sonrisa;  
el vuelo de *ellos* resonando zumba,  
con ganas de anidar en la cornisa.

Veo  
muy claramente  
cómo agita sus alas el deseo,  
en busca absortos de la eterna fuente.

Y al mirarlos felices,  
con sus reclamos saludando el día,  
por mi boca también tú los bendices,  
y es un apoteosis mi agonía.







Te lloro todavía,  
los años pasan lentos,  
lentos . . . sin consolarme, amada mía,  
y son tuyos aún mis pensamientos.

Ay! alienta mi alma  
del cielo bajo el toldo,  
mas miro cerca mi gloriosa palma:  
pronto mi polvo se unirá á tu polvo.

Naturaleza pia  
quiera premiar las penas y martirios,  
haciendo que en tu tumba, que es la mía,  
broten hasta cubrirla muchos lirios.



## MI ÚLTIMA PLEGARIA.

Señor! llego á tu trono  
con las manos  
limpias de sangre humana.

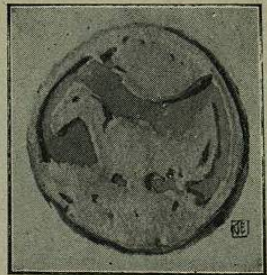
Señor! con el encono,  
entre efímeros vanos,  
la vil envidia, insólita y arcana,  
no desplegué ni en propios ni en ajenos.

Señor! pequé, sufrí; y en mis ofrendas  
traígote el corazón, límpido y fuerte,  
pues he sido mejor entre los buenos.

Ni la sensualidad, ni la codicia,  
anublaron en mi alma la justicia;

y veo, con honda calma,  
á la hora suprema de la muerte,  
que si el cuerpo perece, alienta el alma.

Mas pregunto, Señor, pálido y triste:  
¿no me contesta Dios, porque no existe? ...  
É inclinando al sepulcro la cabeza,  
me difundo en la gran Naturaleza!



**AL LECTOR.**

—  
Cuando se verificó  
el bautizo de mis hijos  
gemelos, tuvo la genti-  
leza de ser madrina de  
ambos, la Señora Doña  
Alejandra de la Vega de  
Redo, y padrino de Ale-  
jandro, el Señor Licen-  
ciado Don Justo Sierra;  
y de Fernando, el Señor  
General Don Fernando  
González. Publico al fin  
de este libro el soneto  
que con tal motivo hizo  
el Señor Licenciado Sie-  
rra, como un homenaje  
al insigne autor.



A Alejandro y Fernando Val-  
enzuela. en su bautizo

Avecillas de Dios que un solo vuelo  
condujo al dulce amor del mismo nido,  
dejando el iris magico encendido  
de la Esperanza entre el hogar y el cielo  
Oh! jamas un poeta, augur de duelo,  
arrullar una cuna ha merecido,  
lo puede solo el canto inaprendido  
que al alma arranca el maten y anhelo  
Mas poesia encuentro que en mi obscuro  
canto, en vuestra boca purpura,  
Canto por eso... y vague hacia el futuro  
La blanca cuna en ola cristalina:  
La amparan vuestra madre, un angel puro  
y una hada gentil vuestra madrina  
Enero de 1894

Jueto Sierra